



aventuras en esPIRAL

MIL MILLONES DE TUBERÍAS 2

Diego ARBOLEDA RAÚL SAGOSPE

ANAYA

© Del texto: Diego Arboleda, 2011
© De las ilustraciones: Raúl Sagospe, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.mmtuberias.es
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición: abril de 2011

ISBN: 978-84-667-9529-6
Depósito legal: M-8726-2011
Impreso en Anzos S.L.
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva **Ortografía de la lengua española**, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

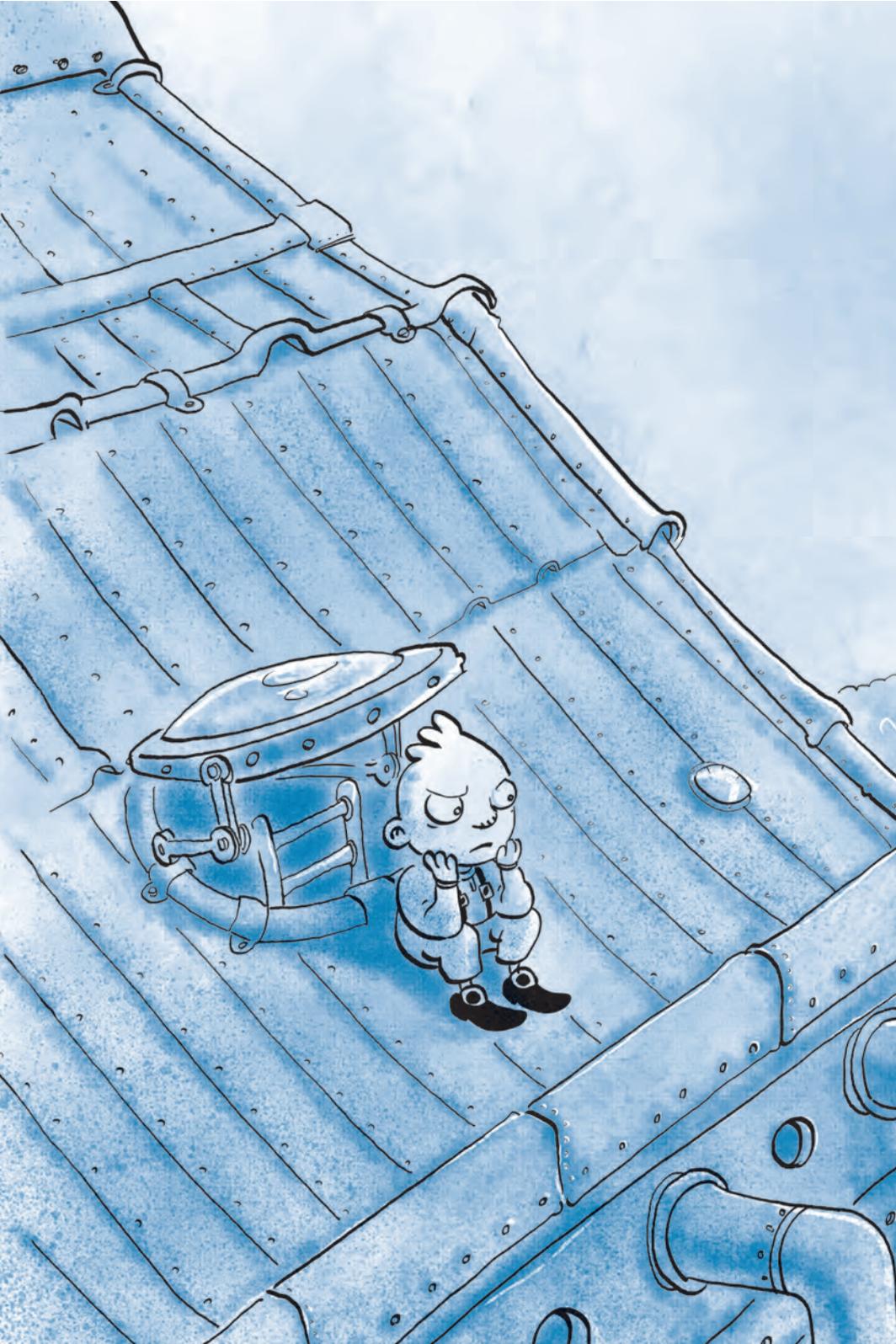
Diego Arboleda

MIL MILLONES DE tuberías 2
aventuras
en espiral

Ilustraciones de
Raúl Sagospe

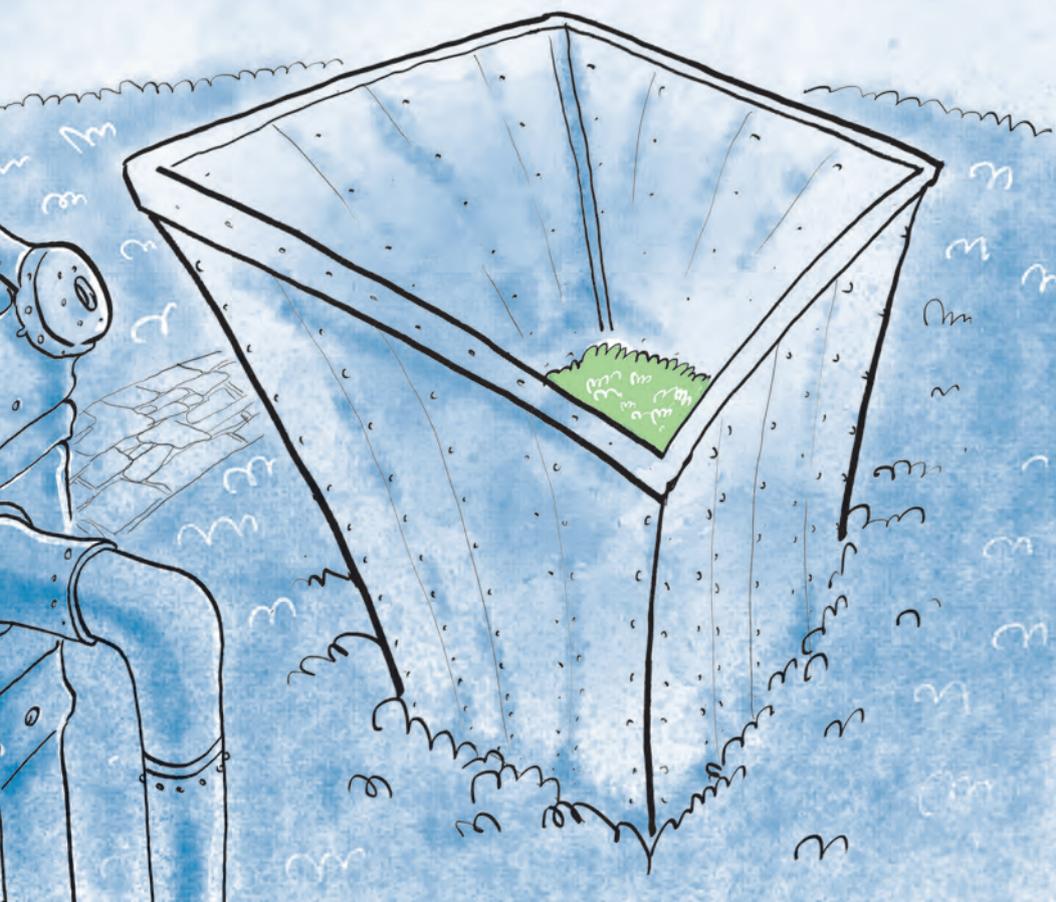


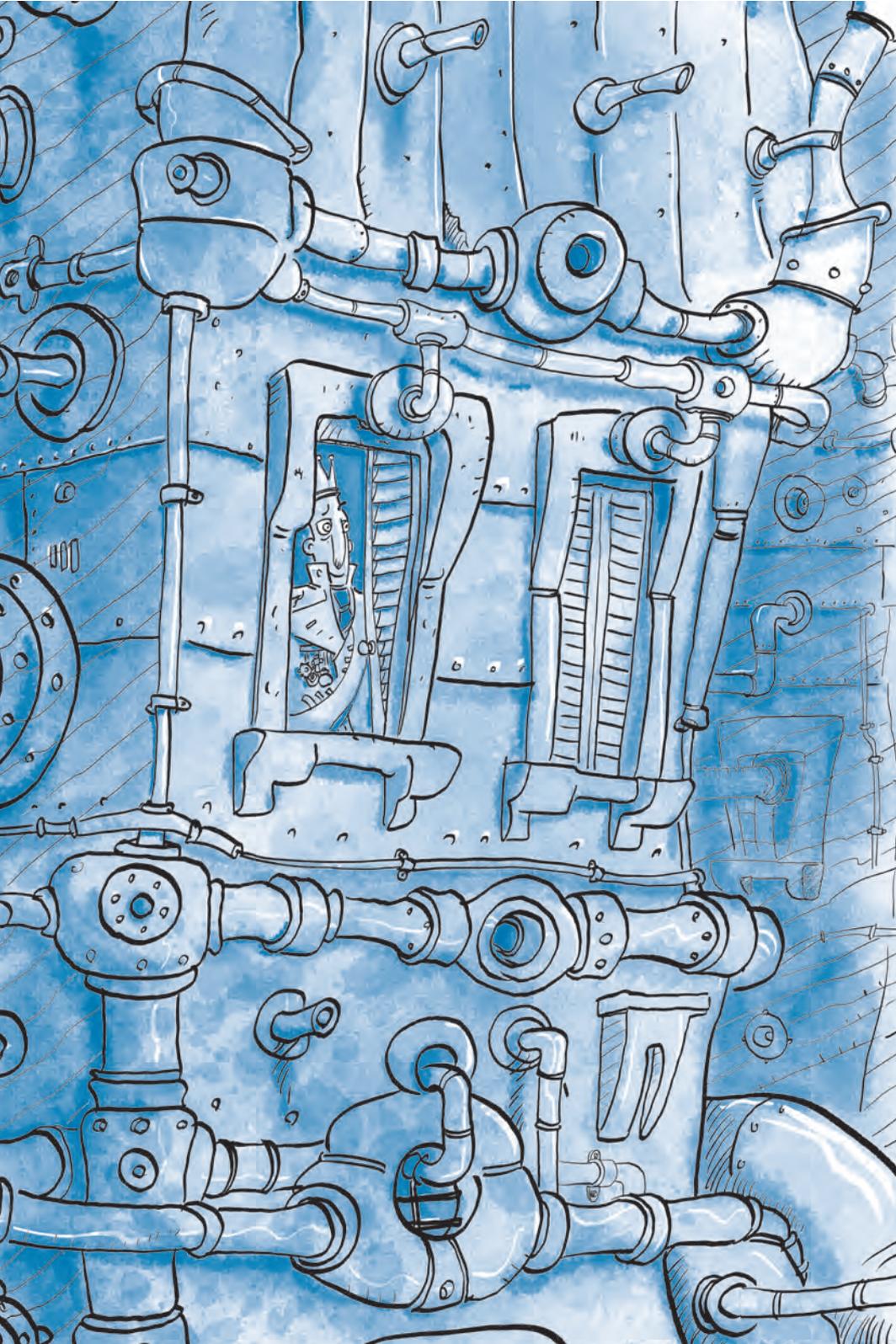
ANAYA



Primera parte

*La historia de un niño enfadado
(que acabó subido al tejado)*





Un rey, un niño, un patio



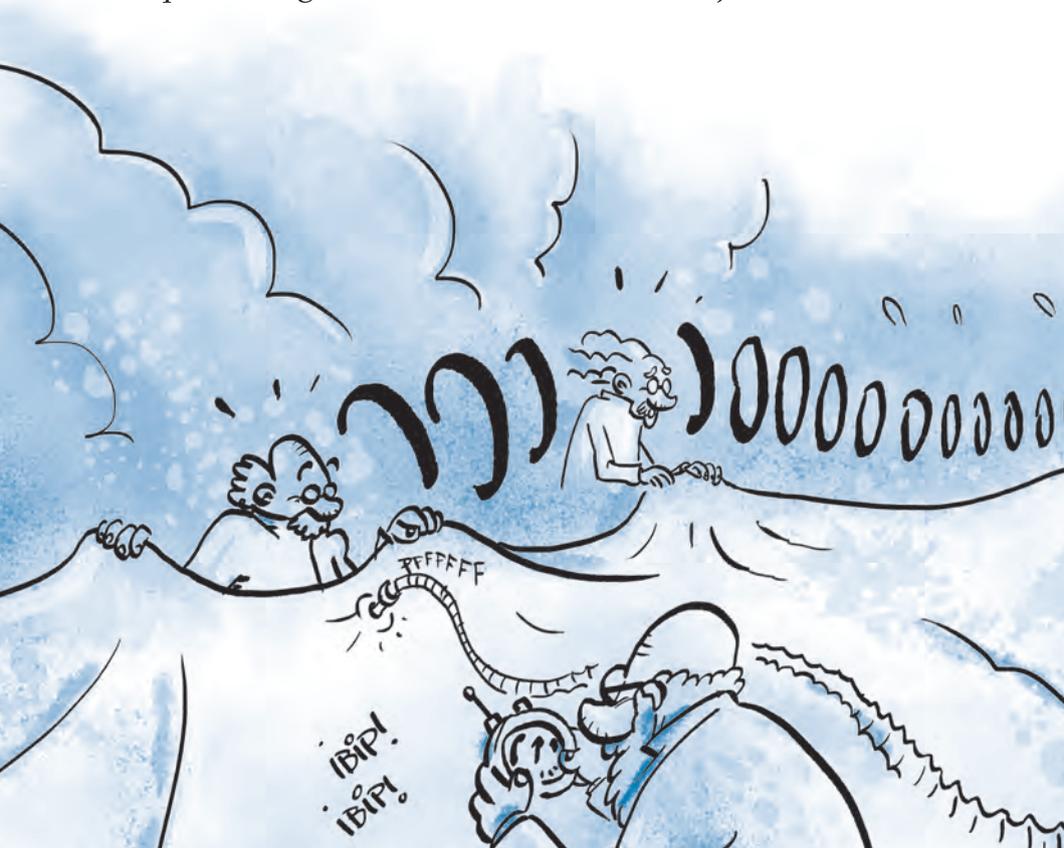
Asomado a la ventana estaba el rey Flaco. Sonreía contemplando el amanecer sobre el inmenso valle azulado que gobernaba. Durante la noche había llovido un poco, y el sol, que se asomaba por las montañas del lado este del valle, comenzaba a acertar con sus rayos en las gotas de lluvia que aún quedaban sobre las tuberías, llenando el reino de plateados destellos.

Los edificios más altos, las chimeneas de las fábricas, las torretas eléctricas, brillaban relucientes mientras proyectaban sombras largas y negras, como plumas de cuervo. Pero las verdaderas plumas estaban aún más arriba, más allá de la torre del palacio, donde los cuervos que anidaban en las almenas realizaban sus primeros vuelos del día.

Todo esto contemplaba el rey Flaco mientras sonreía. Y sonreía porque pensaba que, dentro de unos días, podía dejar de reinar.

En el patio de armas, cuatro científicos se afanaban en torno a dos gruesos bultos de lona: revoloteaban con sus batas blancas, insuflando gas con lo que parecía una mezcla de tractor y fuelle gigante. Poco a poco, el gas comenzó a rellenar las formas de las lonas, inflándolas hasta ocupar casi por completo el patio, rozando las cuatro fuentes que había en las esquinas.

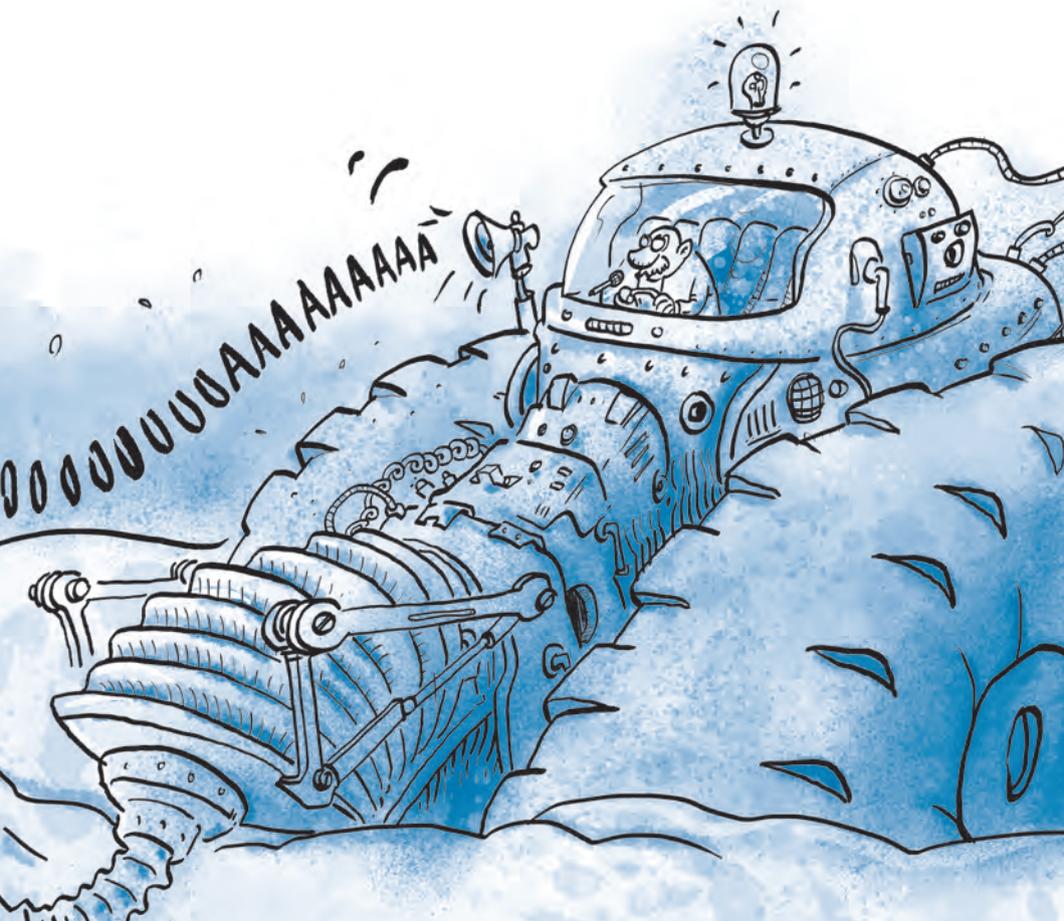
Terminada esa parte del proceso, un científico retrocedió con la máquina infladora y salió marcha atrás por una de las puertas del patio de armas. Ahora las lonas habían crecido hasta formar dos imponentes globos ovalados, dos zepelines, descubriendo al inflarse la pequeña cabina para el piloto que cada globo llevaba adosada debajo.



Maximiliano X devolvió la mirada al horizonte.
«Ya han pasado dos meses», pensó.

Efectivamente, dos meses antes, en una mañana de septiembre, un meteorito cayó en el patio del pequeño M y provocó más de un problema: estuvo a punto de desvelar la doble vida que el monarca llevaba como líder de ambos bandos, la Casa Real y la Resistencia. Días después, cuando se despidió de M haciéndole antes prometer que guardaría su secreto, se dijo que tenía que poner fin a esa doble vida. Que necesitaba un plan. Y ahora, el plan se estaba poniendo en marcha.

Había convocado elecciones en el reino.



El rey Flaco esbozó su segunda sonrisa del día: su plan se basaba en los dos candidatos propuestos.

Para uno de los candidatos había diseñado a propósito una campaña nefasta, condenada a perder.



En cambio, el otro candidato lucía una imagen impecable y convincente.



Porque la idea era que la Resistencia lograra la victoria.

En cualquier caso, sucediera lo que sucediera, el vencedor sería él.



Un zumbido doble, procedente de las dos hélices de los globos dirigibles, ascendió del patio de armas hasta los oídos del rey. Tras el zumbido, ascendieron también los dos zepelines y se ubicaron sobre el palacio.

El monarca se giró para contemplarlos. Los dos voluminosos vecinos se balanceaban mecidos por el aire, espantando a los cuervos. Las aves se alejaron de allí disgustadas y se situaron a una prudente distancia, desde la que miraron con antipatía a los recién llegados.

Eran en realidad dos globos publicitarios: cada uno de ellos llevaba impreso un dibujo de colosales dimensiones. Uno de los globos lucía una compuerta de tubería, imagen que representaba a la Resistencia. Bajo la compuerta, una consigna: VOTA LONGO. En el otro zepelín se podía ver una enorme y lujosa corona, símbolo de la Casa Real, y bajo la corona, una orden: VÓTAME.

Maximiliano sonrió de nuevo.

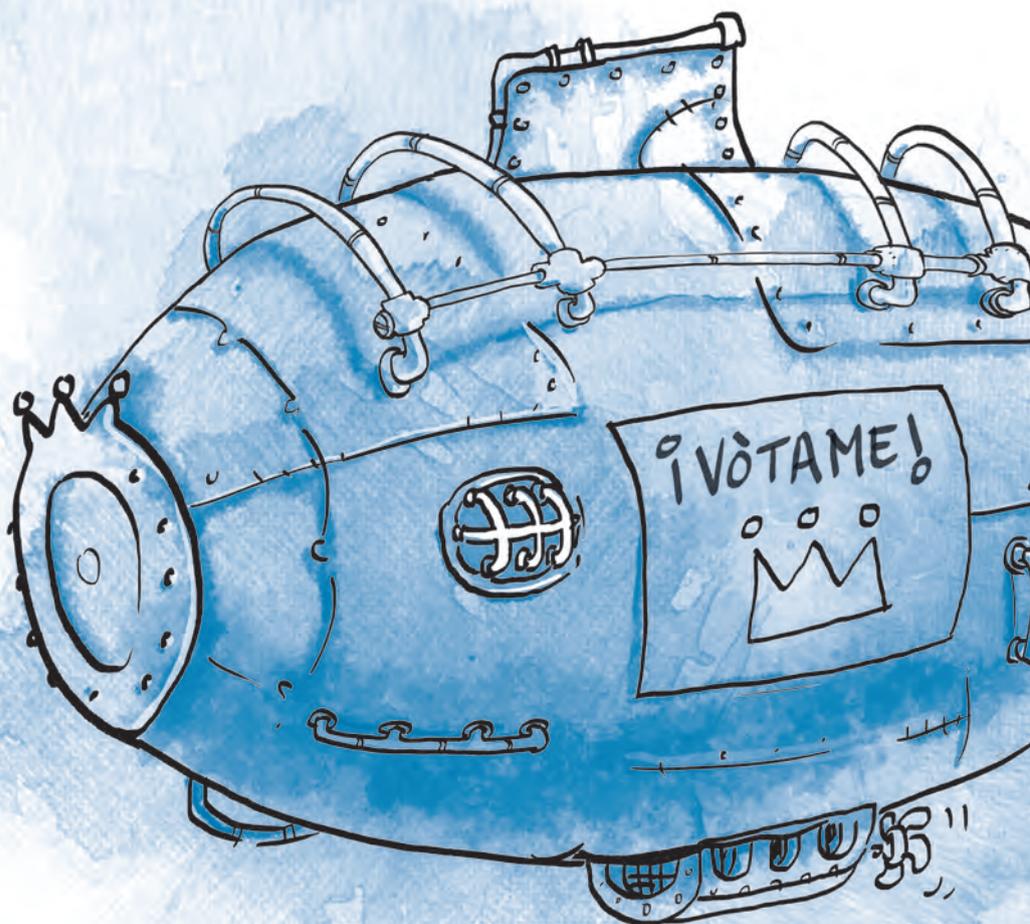
Las elecciones serían dentro de dos semanas, unos días antes del gran baile de otoño. El rey Flaco imaginó lo divertido que podría ser invitar a los Indeseables al baile y mezclarlos con los cortesanos y sus trajes de gala.

Pero era pronto para pensar en eso. Primero tenía que ganar las elecciones como Longo, y para ello contaba con las desequilibradas campañas publicitarias y, especialmente, con los zepelines.

Esta publicidad electoral podía ser vista no solo por los habitantes de la ciudad, sino por los súbditos de prácticamente todo el reino. Podrá verlo M desde su casa en el campo, desde su patio.

Una sombra cruzó los ojos del rey Flaco, haciendo desaparecer la tercera sonrisa. M debía de estar bastante enfadado.

M tenía problemas con su patio, que había sido cercado por seguridad, hasta que se supiera con certeza cómo podía afectar al reino la hierba verde que en él había crecido.



Borró este pensamiento tan poco alegre de su mente y se concentró de nuevo en los zepelines.

Había terminado de amanecer y los globos cumplían su función publicitaria con éxito.

«El plan es un buen plan —se convenció— y M debe de estar en este momento durmiendo».

